

IV Domingo Tiempo Ordinario

Sofonías 2, 3; 3, 12-13; 1 Corintios 1, 26-31; Mateo 5, 1-12a

«*Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*

30 Enero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

“LO DÉBIL DEL MUNDO LO HA ESCOGIDO DIOS PARA HUMILLAR EL PODER”

El otro día, al pensar en las Bienaventuranzas, PENSABA EN EL ANHELO MÁS PROFUNDO DEL HOMBRE: EL DESEO DE VIVIR UNA VIDA PLENA. Todos queremos ser felices y hacer felices a los que nos rodean. Queremos amar y ser amados de forma incondicional. **Paz Vega comentaba:** "La felicidad no es un estado de ánimo, sino un camino. Yo decido ser feliz cada mañana". No es un estado, es un camino. Al leer esta frase pensaba que si lo entendiéramos así muchas cosas serían distintas en la vida. No nos obsesionaría tanto ser felices siempre, sino disfrutar cada paso del camino sin angustia. Sin embargo, leía que, "más del 65% de la población mundial, define su propia vida como una carga pesada de infelicidad, y sólo una de cada diez personas es real y totalmente feliz". ¿En qué bando nos encontramos? Y lo que es más importante ¿En qué bando nos gustaría estar? La respuesta es clara: a nadie le gusta sufrir por sufrir, o llevar una vida sin sentido. **El P. Kentenich decía:** "Quien no cultiva la alegría, arruina su carácter hasta la médula. Una persona sin alegría es una persona enferma"¹. Y añadía: "Si no recibo alegría, si no tengo alegría tanto por mi crecimiento interior en Dios, cuanto por el de los demás, ¿qué efectos habrá? Si la alegría es un instinto primordial, el hombre buscará la alegría en otra parte, en el mundo de las alegrías sensibles y del pecado"². Estamos llamados a cultivar la alegría en nuestra vida, en nuestra vida familiar. Si no tenemos alegría en nuestras relaciones, en nuestro trabajo, en nuestra rutina, en nuestras responsabilidades, buscaremos en otra parte la alegría que necesitamos para vivir. **Un hogar triste nos hunde; un hogar donde reina una atmósfera de alegría sana y auténtica, por el contrario, nos hace aspirar a lo más alto.**

Sabemos que, muchas veces, nuestros estados de ánimo determinan nuestra felicidad diaria y nos hacen arrastrarnos por la vida sin levantar los ojos del suelo. Las emociones con frecuencia nos confunden. Nuestros afectos desordenados nos desconciertan. Creemos que la felicidad es un estado de ánimo en el que nos sentimos en paz con nosotros mismos y con el mundo, en una especie de ausencia de sufrimientos. Pero muchas veces no alcanzamos ese estado ideal de paz. Puede que muchos crean que somos más felices cuando satisfacemos los deseos que brotan del corazón. Así muchos buscan hoy saciar la sed de satisfacción que sufre el alma. **Un filósofo actual, woody Allen, decía:** "Dicen que el dinero no da la felicidad. Pero produce una sensación tan parecida, que solo un experto podría apreciar la diferencia". Sin embargo, aunque se parezca mucho a la felicidad verdadera, los expertos sí la diferencian. No es la felicidad soñada. La satisfacción que nos da el dinero no logra colmar nuestro corazón insatisfecho. La mera satisfacción de nuestros deseos, nos deja siempre insatisfechos y tristes. A veces creemos que si nuestra vida llega a ser una vida lograda y plena, tendremos la felicidad verdadera; y buscamos desesperadamente un sentido a todo lo que hacemos. Creemos que el éxito y el logro de nuestras metas nos harán más felices. Sin embargo, tampoco

¹ J. Kentenich, “Familia, Reino de María”, Retiro de Federación de Matrimonios, 31. 05 1950

² J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 83-84

entonces encontramos necesariamente la felicidad anhelada. Los logros y metas alcanzadas dejan paso a nuevas metas y sueños. Siempre en camino, siempre buscando. **¿Entonces? ¿Dónde está la clave de nuestra felicidad?**

La respuesta a nuestra felicidad, LA CLAVE DE LA BIENAVENTURANZA, SE ENCUENTRA EN COMPRENDER QUE LA FELICIDAD VERDADERA NO ES UN ESTADO, SINO UN CAMINO. Se trata de hacernos expertos en la verdadera felicidad, ésa que llega cuando somos sabios para manejar nuestra vida. Hablamos de la felicidad como ese gran anhelo que vive en el corazón del hombre, un anhelo insaciable. Se trata de una felicidad que no consiste en la mera satisfacción de los deseos del corazón, ni en alcanzar todas las metas que nos propongamos. Buscamos una plenitud de una vida vivida con pasión. Pero la felicidad buscada no se encuentra al alcance de nuestras manos, como a veces pensamos. *El corazón está inquieto hasta que descansa en Dios. No sacia lo finito ese anhelo de infinito que vive en lo más profundo de nuestro ser.* Sólo Dios, con su gracia infinita, puede calmar la sed de amor que tiene el hombre. Sólo Dios puede darnos la paz que no puede fabricarnos nuestra propia vida. Tenemos que asumir una constante en nuestra vida: muchas veces no somos felices. Y las razones de nuestra falta de alegría interior son muchas. Jesús, al mostrarnos las enseñanzas de las Bienaventuranzas, no pretende darnos un curso sobre la felicidad, o un curso de autoayuda para tener más paz. Sólo quiere que coloquemos nuestro corazón allí donde debe descansar, en Dios. Frente a las bienaventuranzas que nos ofrece el mundo, centradas en el éxito y los bienes, Jesús nos muestra un camino a través de sus Bienaventuranzas, un camino de felicidad y plenitud. En todas las bienaventuranzas, la felicidad está unida a una gracia de Dios, porque solos no podemos. Se han visto como siete grados, unidos a los siete dones del Espíritu Santo (*Is 11*). Pobres, unido al don del temor; mansos, al de piedad; los que lloran al de la ciencia; los que tienen hambre y sed de justicia, al don de la fortaleza; los misericordiosos, al don del consejo; los limpios de corazón al entendimiento; los pacíficos a la sabiduría. Cada paso de este camino está unido a la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas. **Sin esa presencia de Dios, no es posible recorrer el camino de Dios.**

LA PRIMERA BIENAVENTURANZA nos muestra el primer paso de este camino: LA POBREZA: «*Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*». Comienza poniendo la primera piedra de este camino. Dice **S. Agustín**: “*La presunción del espíritu representa el orgullo y la soberbia. Se dice que los soberbios tienen un espíritu grande. Por pobres de espíritu se entienden los humildes que temen a Dios, los que no tienen espíritu que hincha*”. Ataca Jesús la soberbia, que es la raíz de todos los males. La humildad, por el contrario, conduce al cielo. Está hablando, como dice **S. Jerónimo**, de “*los que por obra del Espíritu Santo se hacen pobres voluntariamente*”. Es la elección de cada hombre cuando sigue el camino de Dios. **Aceptar nuestra debilidad y pequeñez es el comienzo de la felicidad.** Escuchamos hoy a **S. Pablo**: “*Fijaos en vuestra asamblea, hermanos, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar el poder. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Y así -como dice la Escritura- «el que se gloríe, que se gloríe en el Señor».* Corintios 1, 26-31. Este primer paso está unido al don del temor de Dios que nos hace hijos dóciles de Dios. Fortalece nuestra confianza en Dios y siembra en nosotros una certeza: Dios nunca falla. Es la certeza de que Dios conduce nuestra vida cuando somos capaces de abandonarnos y confiar. **Aceptamos nuestra pequeñez y descansamos en Dios.**

A pesar de todo, existe una tensión entre LA HUMILDAD Y LA MAGNANIMIDAD. **S. Francisco de Sales**, a quien esta semana hemos recordado, decía: “*El más alto grado de*

*humildad no consiste sólo en reconocer voluntariamente nuestra miseria, sino en amarla y complacerse en ella, y eso no por falta de ánimo ni de generosidad, sino para exaltar más la Majestad divina y tener en más al prójimo que a nosotros mismos". El P. Kentenich comentaba: "Si Francisco de Sales es el guía de la vida espiritual, la dominante debe ser el amor, no el temor"³. Porque el Padre veía una razón de nuestra infelicidad en la excesiva acentuación de la humildad en nuestra vida. Hay un peligro cuando nos recreamos en la humildad, en sentirnos muy pequeños y débiles. La humildad tiene que estar unida a la magnanimidad: "Si de verdad quieren tener una sana humildad, deben esforzarse seriamente por la magnanimidad, por aquellos que denominamos nosotros pedagogía de los ideales"⁴. Los ideales nos elevan y nos hacen aspirar a lo más grande. No podemos quedarnos hundidos en nuestra experiencia de debilidad. Las caídas tienen que animarnos a subir más alto. Esto es posible cuando los ideales resplandecen ante nuestra mirada. Los ideales ensanchan el alma y nos alegran. Una humildad que nos entristece no es el camino. La humildad ha de llenarnos de una paz nueva. *El camino es justamente la humildad que no se conforma, que lucha y sueña con las altas cumbres.**

EL SEGUNDO PASO: LA SEGUNDA BIENAVENTURANZA nos habla de UN CORAZÓN ARREPENTIDO, que es capaz de llorar por los propios pecados y por los del hombre: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". En ocasiones es nuestro afán de perfección el que nos quita la paz y la verdadera felicidad. Queremos ser perfectos y nos olvidamos de que somos frágiles. Dice S. Ambrosio: "Acuérdate que eres pecador y llora tus pecados". Y dice el **Padre Pío**: "No debes entristecerte, ni desanimarte, si tus acciones no te salen con la perfección que buscaba tu intención. Somos frágiles, somos tierra y no todo lo terreno produce los mismos frutos según la intención del sembrador"⁵. Buscamos que todo nos salga bien y pretendemos que todas nuestras obras sean perfectas, pero caemos y pecamos, tropezamos y nos sorprende nuestra debilidad. El pecado nos entristece y nos quita la paz y el demonio se alegra al vernos tan debilitados. Como no podemos ser perfectos, caemos en todo tipo de imperfecciones, porque dejamos de confiar y creer. Nuestro pecado nos asusta y nos escandaliza. Nos sorprende pensar que nunca lograremos cambiar nuestra vida. El camino de esta bienaventuranza nos enseña a aceptar nuestra debilidad, a llorar nuestros pecados y a levantarnos y empezar un nuevo camino. El don del Espíritu Santo que tenemos que recibir para vivirla es el de la ciencia. Es una criba que separa la paja del grano, la verdad de la mentira. **Nos ayuda a ver la verdad de nuestra vida y a no hundirnos, ni desesperarnos, cuando no alcanzamos las metas.**

EL TERCER PASO: VIVIR CON UN CORAZÓN HAMBRIENTO por hacer la voluntad de Dios: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados". S. **Juan Crisóstomo decía:** "Tiene hambre de justicia el que desea obrar según la justicia de Dios". Pensaríamos que la felicidad es propia de un corazón saciado, pero Jesús nos habla de un corazón hambriento. Un corazón que desea hacer la voluntad de Dios, su justicia. Así lo dice el profeta: "Buscad al Señor, los humildes, que cumplís sus mandamientos; buscad la justicia, buscad la moderación, quizás podáis ocultarlos el día de la ira del Señor. «Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera; pastarán y se tenderán sin sobresaltos.» Sofonías 2, 3; 3, 12-13. Necesitamos tener un corazón que no esté agotado por tantos excesos. Dice **Benedicto XVI**: "La mirada se dirige a las personas que no se conforman con la realidad existente ni sofocan la inquietud del corazón, esa inquietud que remita al hombre a algo más grande y lo impulsa a emprender un camino interior"⁶. Muchas

³ J. Kentenich, "Las fuentes de la alegría", 85

⁴ J. Kentenich, "Las fuentes de la alegría", 85

⁵ Gianluigi Pasquale, 365 días con el Padre Pío, 30

⁶ Benedicto XVI, "Jesús de Nazaret", 120

veces son los excesos en nuestra vida los que nos quitan la paz y las ganas de luchar por algo más grande. Nos damos cuenta de que los excesos llenan nuestra vida y nos quitan la verdadera alegría. Leía hace poco: “Vivimos más tiempo que en el pasado, pero la percepción del tiempo es mucho más rápida. Los meses corren, los años vuelan. ¿A vosotros qué excesos os han afectado?”⁷. Son muchos los excesos que nos afectan. Exceso de trabajo, exceso de preocupaciones, exceso de ocio, exceso de presión. Los excesos nos agotan casi sin darnos cuenta. Estos excesos hacen que vivamos agotados y todo se expresa, como leía hace poco, en la palabra “demasiado”: “Demasiado que hacer, demasiada distracción, demasiado ruido, demasiado exigir nuestra atención; demasiadas oportunidades y demasiadas elecciones. Ya es el momento de quitar la máscara al problema de “demasiado” y revelar el monstruo culpable de daños tan graves, responsable de la destrucción de tantas vidas y familias”⁸. Vivimos con demasiadas cosas. Demasiadas responsabilidades, demasiados mails por contestar, demasiados “debería” que inquietan el corazón. La palabra demasiado nos abruma y refleja el estado del alma que no encuentra la paz. Por eso, al leer el salmo de este día, descansamos: “El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, él hace justicia a los oprimidos, él da pan a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad”. Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10. El Señor nos sostiene y nuestra vida tiene que descansar en Él, no en nuestras fuerzas, no en nuestras finitas capacidades. El don que va unido a este tercer paso es el don de la fortaleza, porque es Dios el que nos hace fuertes en nuestra pobreza. Tenemos que mantenernos fuertes en nuestro interior, para **no dejarnos llevar por la necesidad de saciar el hambre con excesos, para no sentirnos abrumados por tantos “demasiado”**.

EL CUARTO PASO: TENER UN CORAZÓN MANSO: “Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”. Dice **S. Hilario**: “Por la mansedumbre del corazón habita Jesucristo en nosotros”. Es la mansedumbre el camino para que reine en nosotros la paz. Esta bienaventuranza está unida a la de la paz: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios”. El que es manso es capaz de sembrar paz con su vida. Está unido al don de la sabiduría. Necesitamos una sabiduría nueva que nos enseñe a sembrar paz a nuestro alrededor. Jesús nos pide que aprendamos de Él, que es manso y humilde de corazón: “En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles”. Jesús tenía ese corazón manso y pacífico y por eso muchos podían estar con Él. Así podrán acercarse muchos a nosotros y descansar en nuestras vidas cuando tengamos paz. No obstante, nos cuesta ser mansos, y no logramos vivir con paz. Nos cuesta aceptar al que es diferente, nos cuesta no saltar con ira ante las injusticias, ante aquello que no nos gusta y violenta. Nuestro orgullo herido nos hace violentos. Pensamos que ser mansos es propio de gente débil y sin carácter. Y nos gusta sentirnos fuertes y con carácter. Si nos dicen que somos mansos, nos sentimos incómodos. Nos molesta ser mansos. Hoy Jesús nos pide que aprendamos de Él. Su mansedumbre es nuestra escuela. **Queremos ser dóciles y mansos ante la voluntad de Dios. Tenemos que aprender a ser mansos frente a las ofensas e injusticias.**

EL QUINTO PASO: UN CORAZÓN MISERICORDIOSO: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Es mucho más grande la misericordia de Dios que la misericordia del hombre. Está unida esta bienaventuranza al don de consejo. La misericordia surge de un corazón que sabe amar. Decía **Don Bosco**: “Si quieres que te obedezcan, haz que te amen. ¿Queréis que os amen? Entonces tenéis que amar. No sólo debéis amar, ellos deben darse cuenta de ello. ¿Cómo se dará eso? Preguntad a vuestro corazón, que él lo

⁷ Augusto Cury, “El vendedor de sueños”, 151

⁸ David Kundtz, “Parar”, 19-20

sabe". El corazón que se apiada, que mira con amor, que perdona y acoge, es el corazón que nos hace bienaventurados. Da más felicidad perdonar, acoger y levantar. Un corazón misericordioso es fruto de la presencia de Dios en nuestro interior. Dios nos hace misericordiosos regalándonos su amor infinito. Al experimentar su misericordia con nosotros, nos capacitamos para mirar a otros con misericordia. Nuestras críticas y juicios, nuestras condenas y rechazos, nos impiden dar un amor más grande que el nuestro. **Hoy pedimos ese don en nuestras vidas, un corazón que acoja con alegría.**

EL SEXTO PASO: UN CORAZÓN LLENO DE LUZ, PURO Y TRANSPARENTE, DONDE DIOS

HABITE: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". María está llena de paz y luz. Ella vio a Dios y en Ella vemos a Dios. Si nuestro corazón está en paz podrá contemplar a Dios y permitirá que otros vean a Dios en nosotros. Comenta **Benedicto XVI:** "A Dios se le puede ver con el corazón: la simple razón no basta. Para que el hombre sea capaz de percibir a Dios han de estar en armonía todas las fuerzas de su existencia"⁹. La armonía es lo que tantas veces buscamos en nuestra vida y no la alcanzamos. La armonía es un don de Dios y lo perdemos fácilmente cuando el pecado y el egoísmo, la mentira y el orgullo, dominan en nuestra alma. No es fácil que nuestro corazón tenga esta pureza anhelada. Es un don, porque nuestro egocentrismo, nuestras iras y envidias, oscurecen el corazón. Cuando el alma está turbada no logramos ver a Dios con claridad. Y Dios no puede adentrarse en lo profundo de nuestro corazón. María nos educa en el Santuario. En Ella dejamos todo lo que nos quita la paz, todo lo que oscurece nuestro camino. **Ella nos regala esa luz que nos permite traspasar la fuerza de Dios.**

EL SÉPTIMO PASO ES UN CORAZÓN HEROICO CAPAZ DE RESISTIR EN LAS PERSECUCIONES:

"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos". En la primera y en la octava bienaventuranzas se habla del Reino de los cielos. Es la perfección. El corazón de las bienaventuranzas es un corazón que descansa en Dios, porque vive para Él: "Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo". Mateo 5, 1-12^a. Hace poco ha tenido lugar la beatificación de la joven italiana **Chiara "Luce" Badano**, quien falleció a los 18 años. En la enfermedad, en el dolor de la vida, supo ver a Dios y supo hablar de su misericordia. Decían de ella: "La sociedad nos lleva a distanciarnos de todo lo que es sufrimiento, Chiara Luce nos enseña a abrazar las dificultades y a transformarlas en amor al prójimo". Un corazón capaz de vivir la cruz con paz, y reflejar una vida bienaventurada, es el ideal que el Señor nos muestra. Cuando sabemos caminar alegres en el sufrimiento, logramos entender el sentido de este camino que Cristo nos propone. Un camino que nos parece inalcanzable, pero que, en la fuerza de Dios, es posible. **Es el camino de los bienaventurados que confían siempre en Dios.**

Las bienaventuranzas nos parecen muchas veces una cima inalcanzable. Cuando miramos el ideal de santidad al que somos llamados, nos sentimos pequeños. Cristo se subió a lo alto del monte, porque en las alturas los ideales parecen más cercanos y las dificultades más pequeñas. Subir al monte es la expresión que muestra la actitud necesaria en ciertos momentos de nuestra vida. Necesitamos salir del gentío y de la vida que nos arrasa con su fuerza. Subir a lo alto del monte refleja el deseo del corazón de ascender a las alturas, de no caminar por el valle y el deseo de hablar de las cosas de Dios, dejando de lado las cosas del mundo. En la altura del monte todos tenemos otra dimensión, pasamos a ser más importantes a los ojos de Dios. En lo alto del monte las bienaventuranzas parecen un camino sencillo, porque el corazón está lleno de vida. **Hoy le pedimos a Dios que nos enseñe a recorrer este camino, que nos permita subir con Él a las alturas y no nos deje conformarnos con la mediocridad.**

⁹ Benedicto XVI, "Jesús de Nazaret", 121